

PRÓLOGO

Aunque esta generación adanista esté convencida de que se halla en el pináculo de la historia, todo lo que estamos haciendo estos días ya ha sido ensayado abundantemente con anterioridad; algunos de dichos ensayos fueron incorporados a la cultura, otros han sido desechados y, acaso, un puñado de ellos aguardaban mejores días.

Particularmente en torno a la enseñanza, pareciese como si de un tiempo a esta parte cada generación sufriese la irrefrenable pulsión de ensayar una ocurrencia tras otra. La verdad es que está todo inventado: sabida es la existencia de abundantes manifestaciones artísticas, desde la más lejana antigüedad, representando a un maestro dictando la lección a unos alumnos que se aplican en seguirle. Desde la Mesopotamia sumeria y el Egipto faraónico no hay mejor método para enseñar, pese a toda la verborrea psicopedagógica posmoderna.

Viene al caso este desahogo por causa del libro que usted ahora hojea y que firma Juan Ignacio Cortés. Un libro que, para empezar, despierta la curiosidad, abecé de la enseñanza. La singularidad de su formato —a modo de diccionario— promueve el huroneo de cada episodio con su correspondiente letra. Evoca, en fin, esa antigua sensación de aquellos viejos libros en los que nos sumergíamos cuando niños, como si de un proceloso mar se tratase, cierto de que la siguiente página habría de desvelarnos algún nuevo misterio. Y si no desvelarnos —¿para qué diablos matar el misterio?— narrarlo, insinuarlo, sugerirlo.

Y es que los buenos libros se atienen a la eterna norma de *Aut delectare, aut prodesse est*, lo que nunca han olvidado los anglosajones que escriben historia, y que por eso venden tanto. Enseñar deleitando, entreteniendo, divirtiendo. Haciendo de la lectura, como Cortés, una aventura que nos desmesura los ojos y la sonrisa, y en la que se nos detiene el tiempo.

En esa aventura, nos parecerá reencontrarnos con un viejo amigo. Recordaremos al jocosos cornudo del Decamerón o nos prenderá la melancolía en la guerrera del último caído de la Gran Guerra, una brumosa mañana de noviembre. Cortés, al que desde luego no le han quitado lo valiente, le hinca también el diente a las checas rojas, a Julián Grimau y a la fosa de Ekaterimburgo, donde los bolcheviques creyeron sepultar el alma de la Santa Rusia que hoy parece desafiar al putrefacto mundo que le avecina.

Como insinúa el subtítulo, hay mucho, sí, de tergiversación en la historia oficial que nos sirven desde los grandes medios, desde la academia, desde las universidades; tergiversaciones obligatorias, de un poder que obra al modo del verdugo, del asesino, del victimario, si se le diese a éste la oportunidad de ocultar sus crímenes. Hay mucho de tergiversación, también, en otras áreas de nuestra historia y de nuestra cultura que no son las más próximas a nuestro tiempo, pero que constituyen la argamasa sobre la que se levanta el relato de la comunidad política española, porque los enemigos de España saben de sobra que sin una narrativa colectiva propia no hay nación.

Y unos cuantos mitos, que no sólo hay que tomar en la acepción que relaciona el término con una construcción figurada del pasado o de nuestra cultura, aunque también. Mitos como el de Baler, los eternos de Filipinas, o como el del muro de Berlín (que todo el mundo sabe que cayó, sí, pero aquí le cuentan cómo; y le va a sorprender), que no sólo de lo propio vive el hombre, y que nos enseña la impagable lección de que la libertad humana es impenitente acompañante de los procesos sociales.

Para desengrasar —que nuestro Cortés, don Juan Ignacio, tampoco es tan solemne, ¡caray!—, al hilo de la letra B de «Bluff» encontrará usted unas simpáticas páginas dedicadas a los fichajes futboleros de campanillas que, por una u otra razón, jamás justificaron el desembolso que en pesetas, dólares, euros e ilusión, hicieron los más señeros clubes de nuestro país, con el Real Madrid a la cabeza. Uno, confeso aficionado al fútbol desde su más tierna infancia, se sobre-

salta ante el reencuentro con apellidos enterrados en los más hondo de las circunvoluciones cerebrales. Todos recordamos a Prosinecki, para adquirir al cual el *Madrí* removió Roma con Santiago por toda Europa, pero más difuso queda el recuerdo de Anelka, aquella sinfonía a la indolencia, o el aún fresco de Kaká, al que la zona guasona de la grada de Chamartín terminó retirándole la tilde. ¡Y cómo no recordar a los Cunningham, Spasic, Woodgate, Samuel, Gago, Casano o Faubert!

En fin: que uno de los haberes de este diccionario es la ironía y hasta el incipiente sarcasmo que lo recorre, incluso en sus páginas más lacerantes, que las hay. Irán ustedes de sorpresa en sorpresa, y hasta ocasionalmente de sonrisa en sonrisa, como corresponde a un libro tan serio.

Aun a sabiendas de lo fútil del consejo, uno desearía que cuando en el ministerio les dé por emprender otra de esas reformas que abocan la enseñanza a un nada incierto destino, siéntense sus señorías y échenle el guante a este diccionario de don Juan Ignacio Cortés. Verán qué fácil es enseñar deleitando.

Capítulo I

Ab Urbe condita

La fundación de Roma

A *b Urbe condita* es una expresión latina que significa «desde la fundación de la

Ciudad». La ciudad en cuestión no es otra que Roma y, más allá de la mera locución, esas tres palabras sirven asimismo de título a la colosal obra escrita por Tito Livio, que relata la historia de la metrópoli romana desde sus inicios hasta finales del siglo I a. C.

El libro comienza explicando su origen legendario, datado a mediados del siglo viii a. C.; un arranque mitológico al que también hace referencia otra epopeya clásica: la *Eneida*, de Virgilio. Pero, antes de llegar a la fecha exacta de su creación, esa ciudad que con el tiempo se convertiría en la capital de uno de los mayores imperios que haya conocido la humanidad hubo de vivir toda una suerte de avatares.

De Troya a Alba Longa

El periplo de esa odisea empieza en el siglo xii a. C.: Eneas, hijo de la diosa Afrodita¹, hubo de salir a toda prisa de Troya, saqueada y destruida una vez desatada la guerra por los espartanos, furiosos porque el príncipe troyano Paris les había raptado en sus propias narices a la bella Helena.

En su recorrido, Eneas arribaría al Lacio —una zona ubicada en el centro de la actual Italia— con su hijo Ascanio, fruto del matrimonio con Creúsa, a la que perdió durante aquella atropellada huida. Allí tendería enseguida relaciones con las altas esferas de la sociedad, como demuestra el dato de que tomara como cónyuge a Lavinia, hija del rey Latino. Vista su intensa trayectoria vital, parece claro que Eneas no iba a quedarse quieto esperando a que otros hicieran por él lo que podía procurarse por sus propios medios.

Lo cierto es que ya en la Antigüedad no debía de estilarse mucho eso de vivir con los suegros, por lo que Eneas decidió coger a su familia y establecerse en otro lugar. A la hora de bautizarlo, no sería muy original: en homenaje a su esposa, lo llamó Lavinium. Mirándolo bien, el paso de los años no nos ha transformado tanto: casi podría asegurarse que Eneas fue un precursor de esos currelas que conducen orgullosos sus furgonetas con el nombre de la parienta rematando la luna delantera del vehículo.

Poco tiempo después, Ascanio fundaría otra ciudad cerca de las tierras donde se asentara su padre: Alba Longa. Pasadas ocho generaciones, dos de los descendientes de Ascanio andaban compartiendo el trono de Alba Longa: los hermanos Numitor y Amulio. El menor de ellos, Amulio, decidió reinar solo, para lo cual expulsó a Numitor de Alba Longa y asesinó a todos sus sobrinos varones, perdonándole únicamente la vida a su sobrina Rea Silvia. Para evitar venganzas de algún eventual vástago de ésta, Amulio la consagró a Vesta, diosa del hogar, lo que implicaba que tenía que cumplir el voto de castidad, so pena de ser condenada a morir enterrada viva.

....No te quedes sin él